



## ¿ES EL AZAR NUESTRA DEIDAD?

Sebastián Salazar Bondy

Gripe, catarro, asma, amigdalitis y reumatismo, por decir lo menos –al cabo de los cuales la tisis pende como una espada en el extremo de un cabello– se conciertan, sin embargo, con la particularidad más desatinada del clima: su templanza. Sin rigores, sin lluvias ni truenos, sin inundaciones ni sequías, sin nieves ni calcinaciones, sólo padece regularmente de la nubosa humedad y cada medio siglo aproximadamente de un catastrófico remezón sísmico. Ese aire *bien tempere*, mediocre, tristón y soledoso, condiciona una psicología peculiar. Como él somos los limeños: ... *el pueblo es igual a la noche de Lima: suave (...)*.

No reina en Lima la abierta controversia sino el chisme maligno, no ocurren revoluciones sino opacos pronunciamientos, no permanece el inconformismo sino que el espíritu rebelde involuciona hasta el conservadurismo promedio. La juventud imaginativa, iconoclasta y desordenada termina por sentar la cabeza. Los racistas suelen atribuir esta plana uniformidad incolora al ingrediente indígena, pero da la casualidad que es el indio el que, como lo enseña la historia, ha llevado su descontento a la acción –reprimida ferozmente por la autoridad limeña–, y el que constituye el elemento dionisiaco de nuestra composición nacional. En tanto, el limeño sigue siendo quien acepta, con apenas una ironía en los labios o un chascarrillo contingente, los abusos de los poderosos, la impúdica corrupción de los políticos, la absolutista voluntad de la minoría voraz (...).

De esta misma manera, por otra parte, se concatenan más insomnios civiles: tener un auto cualquiera, tener un auto americano de un modelo de no menos de cinco años atrás, tener un auto nuevo (ese auto nuevo, no otro), tener dos autos, tener tres autos, *ad in nito*. También, con parecida secuencia, se da la tribulación educativa de los padres de familia: que los niños vayan a cualquier colegio particular antes que a los del Estado, que vayan a un colegio particular de cierto prestigio, que vayan a un colegio de niños ricos, que vayan *–para que ahí se relacionen*, como se suele decir– al colegio donde van los hijos del millonario Fulano de Tal. La voluntad de vivienda, confort o educación se torna, en estos casos, en voluntad de ascenso social. Voluntad, pues, de desclasamiento. La aspiración general consiste en aproximarse lo más que sea posible a las Grandes Familias y participar, gracias a ello, de una relativa situación de privilegio. Este espíritu no es exclusivo de la clase media. El pueblo entero, aun su masa

más desdichada e indigente, obedece al mecanismo descrito. Y por una razón clara: cuanto más inestable es el *status*, más vehementemente se desea alcanzar la estabilidad. Y por cualquier medio.

En esta lucha, como resulta lógico, prepondera el individualismo. Se le ha impuesto al pueblo, lo que es más grave, como principio rector para tener éxito en la difícil prueba del escalamiento social y económico, pues a los niños y adolescentes, desde el más pequeño de la última escuela scal gratuita, se les martilla, una y otra vez y en toda ocasión, que el “triunfo” depende únicamente del sumiso trabajo y del acatamiento de la organización de la sociedad tal cual es (...).